

no era sino una amorosa exasperada, dispuesta al crimen, si fuese preciso, para suprimir al hijo que todo lo embrolla.

Al sentir la mirada de estupefacción de Mateo, se rió y llegó a decir en su ironía:

—¿No es verdad? Hace poco que se lo decía a Mateo. Desde que estoy viuda trato de consolarme como puedo de la idea de que no he de tener ya un niño.

Y de nuevo sintió Mateo pasar sobre su rostro la llamarada que le había quemado antes, pues comprendió lo que quería decir, las voluptuosidades infecundas que le prometía. ¡Ah! poder entregarse sin freno, sin límite, a todas horas, únicamente por el placer que se experimenta.

Reina, la miraba extasiada, como una mujercita ya coqueta, halagada por las lisonjas de una señora tan bella.

Vibrante de vanidad, satisfecha, se echó en sus brazos.

—¡Cuánto amo a usted!—exclamó.

Los Morange acompañaron hasta la escalera a la baronesa de Lowicz, que salía seguida de Reina y no hallaban palabras bastante cariñosas para dar las gracias por aquella atención.

Luego, cuando hubieron cerrado la puerta, Valeria, lanzándose al balcón, exclamó:

—¡Vamos a ver como salen!

Morange que no se acordaba de que había dado ya la hora del trabajo, se repechó junto a su mujer y obligó a Mateo a que mirara también. Abajo había una victoria reluciente y correcta, con un cochero soberbio que permanecía inmóvil como una estatua. Aquello acabó de entusiasmar al matrimonio. Y cuando Serafina, después de haber hecho sentar a Reina, se sentó a su lado, se echaron a reír de alegría.

—¡Qué linda es! ¡qué dichosa!

Reina en aquel instante, debió tener la sensación que la miraban y levantó la cabeza sonriendo y saludando. Serafina hizo lo mismo, en tanto que el caballo, al trote largo, doblaba la esquina.

—Mírenla, mírenla,—decía Valeria.—¡Es tan pura! A los doce años, tiene aún la inocencia de un niño de pecho. Ya sabe usted que no la confío a nadie... Parece una duquesita que siempre haya tenido coche.

Morange volvió a acariciar su sueño de fortuna.

—Espero que cuando la casemos tendrá uno... Deja que entre en el Crédito Nacional y cuanto desees se realizará.

Y volviéndose hacia Mateo:

—Vea usted, querido; ¿no sería un crimen tener otro hijo? Ya somos tres, y el dinero cuesta mucho de ganar... Todo se reduce a ir con cuidado cuando llega el momento de los besos. Y eso no impide que nos adoremos, ¿verdad, Valeria?

III

Por la tarde, en la fundición, Mateo, que quería salir antes que los otros días a fin de pasar a ver el casero, estuvo de tal modo ocupado, tanto lo marearon con encargos y consultas que apenas vió a Beauchéne. Alegróse de ello, porque, después de la escena presenciada sin intención ninguna en el taller de mujeres, temía que su primo se sintiera violento en su presencia. No fué así. Jamás se había mostrado Beauchéne más activo ni más emprendedor.

Iba de acá para allá enterándose de todo: dando órdenes a capataces y obreros, resolvía todas las dificultades y no parecía recordar, en las pocas palabras que cruzó con Mateo, la escena del mediodía.

A las cinco y media, Mateo, que no salía nunca hasta las seis, fué al despacho de Morange para cobrar su sueldo. Debía percibir trescientos cincuenta francos; pero como había tomado en enero quinientos francos adelantados en calidad de préstamo, que iba reintegrando mensualmente, no cobró sino trescientos. Cogió los quince lises con cara tan alegre que Morange se extrañó.

—Es que llegan en buena ocasión,—replicó Mateo;—hoy había en casa seis reales.

Las seis habían dado cuando Mateo entró en el hermoso palacio que los Seguín du Hotel poseían en la avenida de Antín.

El abuelo Seguín había sido labrador en Jonville; su hijo fué contratista del ejército durante muchos años y realizó una fortuna enorme. Y el actual propietario llevaba una vida ociosa, sin cuidarse apenas de su fortuna, pensando que era bastante grande para durar eternamente, atento sólo a seguir las corrientes de la moda, a fijarse en las carreras de caballos, que eran su pasión, mentáneamente por lo menos. Se había casado con una mujer que no le aportó sino una dote mediana; pero que pertenecía a la más antigua nobleza, Valentina de Vangelade, a la que una madre fanática por la religión había convertido en una mogigata de tomo y lomo, pero sin principios morales. Seguín, arrastrado por el ejemplo de su mujer y creyendo hacer un acto de elegancia, iba también a la iglesia siquiera creyese como un ateo. El abuelo labrador había tenido diez hijos, el hijo comerciante no pasó de seis y el nieto año

maba que con los que tenía, Lucía y Gastón, le sobraban.

Entre las propiedades de Seguín había un lote de tierras, dominio inmenso situado en el término municipal de Jonville, compuesto de eriales y bosque, que había comprado su padre cuando se retiró del comercio con una fortuna colosal. Desde su juventud abrigaba el deseo de retirarse a Jonville y deslumbrar con su inmensa fortuna a sus convecinos que le habían conocido pobre. Le sorprendió la muerte cuando iba a construir un palacio magnífico rodeado de un parque desmedido. Su hijo no supo qué hacer de aquellas tierras y como las consideraba estériles las alquiló para que sirviesen de cazadero, emitiendo acciones de quinientos francos. Pero de todos modos, la renta obtenida era muy escasa. A más del bosque no había allí sino terrenos incultos, eriales, desiertos, charcas, arenas, campos pedregosos. Únicamente el contratista fué el que soñó hacer de aquello un parque real en torno de su palacio.

Por Beauchéne conoció Mateo a los Seguín y así descubrió el pabelloncito que había junto al bosque, en plena campiña, tan sano y soleado que se enamoró de él y acabó por alquilarlo. Valentina, que se mostraba afectuosa con Mariana, como con una amiga pobre, la había ido a visitar cuando se instaló en el pabellón, y le gustó el lugar y rió de su ignorancia, pues siendo propietaria de aquel rincón de tierra, no lo conocía siquiera. La verdad es que no le gustaba aquella soledad y que no la hubiese habitado por todo el oro del mundo. Su marido la había lanzado a la vorágine del París intelectual y la había llevado a talleres, cenáculos, exposiciones, teatros, restaurants de noche, a esos mil sitios donde unos sesos poco firmes se desequilibran para siempre. Seguín, a pesar de sus

pretensiones literarias, se aburría soberanamente y tan sólo le encantaban los caballos, aunque mostrara con complacencia a sus amigos, sus cuadros, sus colecciones de objetos de arte que aun no comprendían los burgueses, sus muebles, sus porcelanas, sus cobres antiguos. Y había educado a su mujer según sus mismos ideales y la pervertía por la extravagancia de sus ideas, por las promiscuidades que le permitía, creyendo tocar al último límite de la elegancia; de manera que la devota que le entregó su suegra estaba apta para practicar todas las locuras. Comulgaba de continuo; pero pecaba más, se familiarizaba rápidamente con la falta. Todas aquellas extravagancias debían terminar desastrosamente, pues a menudo brutalizaba a su mujer, lo cual hacía que ella soñara con ser amada de un modo más cariñoso con amor más suave.

Cuando Mateo entró en el hermoso hotel que mostraba ocho altas ventanas en cada uno de los pisos, pensó alegremente:

—He ahí unos que no aguardan los trescientos francos de la mensualidad para aumentar los setenta reales que quedaban de la otra.

El vestíbulo era muy lujoso: de mármol y bronce. A la derecha había dos salones de recepción y el comedor; a la izquierda sala de billar, sala para fumar y un invernadero. En el primer piso dando frente a la amplia escalera, el despacho alto de cinco metros, largo de doce y ancho de ocho. A la derecha estaban las habitaciones del marido y a la izquierda las de la esposa y las de los niños. En el segundo piso había dos cuartos reservados para cuando los niños fueran mayores.

Un criado que conocía a Mateo le introdujo en el despacho de Seguirín diciéndole que hiciera el favor de aguardar unos momentos porque el se-

ñor acababa de vestirse. Durante breves momentos, Mateo, que creía estar solo, examinó todo aquel lujo, que verdaderamente era capaz de deslumbrar a cualquiera. Por todas partes se veían tapices de Oriente, terciopelos de Génova; mesas cargadas de orfebrería, cristalería, bronces, estaños; altas vidrieras antiguas, la biblioteca de encina mostrando el lomo de los libros, mejores, muchos de ellos, por fuera que por dentro; sillones y otomanas y taburetes para todas las perezas; plantas exóticas detrás de cuyas anchas hojas podía ocultarse una pareja y creerse sola.

—¡Toma! ¿Es usted, señor Froment?—dijo una voz que partía de un rincón lejano.

Un hombre de unos treinta años, alto y buen mozo, adelantóse, tendiendo la mano.

—¡Ah!—exclamó Mateo después de un momento de duda,—buenos días, señor Santerre.

Se veía por segunda vez en aquel salón donde le encontró la primera. Carlos Santerre, novelista ya célebre, literato agasajado en todos los salones, tenía una hermosa frente, unos ojos acariciadores, una boca roja y grande que medio desaparecía entre el bigote y la barba, que llevaba cortada y rizada a guisa de los asirios, y que cuidaba con esmero. Parecía hecho expresamente para las mujeres cuya intimidad procuraba ganar, a fin de sacar de ellas fortuna y placer. Se afirmaba que era muy humilde e insinuante con ellas hasta poseerlas, para cambiar después y abandonarlas sin remordimiento cuando ya no servían para sus fines. Solterón empedernido, se instalaba en el nido ajeno, y había hecho una especialidad del adulterio en sus obras. No pintaba sino el amor prohibido, elegante, refinado, infecundo, que jamás concebía. Al principio no tenía ninguna fe en sus libros; los hacía como oficio lucrativo y poco pe-

sado; pero después, a fuerza de ser adulado por las mujeres y cuatro botarates, llegó a concebir un orgullo indecible; se creyó escritor. Y ahora creíase el pintor elegante de una sociedad agónica, profesaba el pesimismo más desconsolador, creía en el fin del deseo, en el aniquilamiento del mundo por la cesación del engendramiento.

—Seguín vendrá en seguida,—añadió.—He tenido la idea de llevarme marido y mujer a cenar al restaurant antes de asistir a un estreno de esta noche que será tumultuoso.

Hasta entonces no advirtió Mateo que llevaba frac. Hablaron unos momentos y Santerre designó una estatuita que representaba una mujer delgaducha, de bruces, con la cabeza oculta por una maraña de pelo: dijo que aquello era una obra maestra, el símbolo de la mujer solitaria, del desastre humano. Santerre convertido en el comensal, en el amigo de la casa, atizaba el soplo de demencia que lo invadía allí todo y acababa de destruir las más sencillas nociones de la vida.

Salió Seguín. Era más alto que Santerre, delgado, rubio, con un bigotito, vestido también de frac.

—Tenga usted paciencia, querido,—dijo con el ceceo que afectaba;—Valentina estrena un traje y acaba de ponérselo.

Luego, en cuanto hubo advertido la presencia de Mateo, se excusó, acentuando su aire de fría distinción. Y cuando el que llamaba «su amable inquilino» le hubo explicado el motivo de la visita, consintió en que al día siguiente fuera un operario a Jonville a tapar las goteras. Pero cuando comprendió que el techo entero estaba averiado, abandonó bruscamente su amabilidad fingida y exclamó que no podía destinar a tal reparación el producto de un año de alquiler.

—Unas soldaduras bastarán,—dijo,—voy a dar la orden.

Y queriendo pasar a otro asunto:

—Aguarde usted, señor Froment. Quiero mostrarle una maravilla, pues ya sé que es usted hombre de gusto.

Tenía efectivamente bastante estima por Mateo, del que conocía la inteligencia siempre activa. El delineante sonrió, prestándose al efugio; pero bien decidido a no marcharse sin obtener la reparación de todo el techo. Tomó Seguín un libro admirablemente encuadernado y se lo dió con gran cuidado al obrero. En la tapa, de cuero suavísimo, de una blancura nivea, había incrustado un lirio de plata cruzado por un manojo de cardos violáceos, y el título: «La Belleza Imperecedera» se leía en lo alto, como en un rincón del cielo.

—¡Es una maravilla, una verdadera joya!—exclamó Mateo entusiasmado.—Las encuadernaciones, son obras de arte.

Y fijándose en el título:

—¡Ah! es la última obra del señor Santerre.

Seguín miraba a hurtadillas al escritor, que se había aproximado. Y cuando le vió examinar el tomo halagado por la atención:

—El encuadernador me lo ha traído esta mañana y esperaba una ocasión para dar a usted esta sorpresa. Es la perla de mi colección... ¿Qué le parece la idea? Este lirio es la pureza triunfante y esos cardos, plantas de las ruinas, representan la esterilidad del mundo, desierto al cabo. Toda la obra de usted está aquí simbolizada.

Mateo conocía el libro, que había pedido a la señora Beauchéne a fin de que Mariana conociera aquella obra de la que hablaba todo el mundo. Su lectura le había asqueado y exasperado. San-

terre había abandonado por una vez el entresuelo de soltero en que las mujeres casadas pecan de cinco a siete y había querido elevarse a las regiones del arte puro, hacia el símbolo ignoto y lírico. Relataba la historia de la condesa Ana María que, huyendo de un marido brutal y engendrador, se había refugiado en Bretaña donde halló a un artista, Norberto, inspirado e ideal, que tenía que pintar sus visiones inmaculadas en una capilla de un convento. Durante treinta años duró el trabajo del artista evocador; treinta años que pasaron los dos amantes en brazos uno de otro prodigándose caricias estériles. Y al cabo de ese larguísimo lapso de tiempo la condesa salió de los brazos de su amante tan joven, tan pura, tan fresca como cuando se abrió entre ellos. Para que la lección fuera más ruda, había algunos personajes secundarios en la novela, labradoras, burguesas, obreras, todas ajadas por la maternidad, al final de su existencia con una fealdad monstruosa.

Lo que indignaba a Mateo era esa manía de denigrar a las madres, de afirmar que la nobleza y la belleza residían únicamente en las vírgenes. No pudo por menos de decir al autor:

—¿Y qué hubiese sucedido si esa buena señora tan pura llega a quedar embarazada?

Santerre le contestó, ofendido:

—¡Embarazada! ¿Cree usted acaso que un perfecto caballero embaraza a una mujer?

—¿Sabe usted lo que me indigna?—preguntó Seguín tendiéndose en un sillón.—Que la gente crea que el catolicismo nos induce al asqueroso pululamiento de nuestra especie. No es verdad, como ha probado usted en su libro, por el cual le felicito a fuer de buen católico.

—Ciertamente,—replicó Santerre, sentándose a su vez.—En el Nuevo Testamento no busque us-

ted el «creced y multiplicaos» del Génesis. Jesús no tiene patria, ni propiedad, ni profesión, ni familia, ni mujer, ni hijos. Es la encarnación de la infecundidad. Los primeros cristianos sentían horror al matrimonio. Para los santos era la mujer objeto de desprecio, basura tentadora. La castidad era el estado perfecto. El héroe era el solitario, el infecundo, el egoísta que sólo cuidaba de sí mismo. Y es una Virgen el ideal de la mujer, hasta de la maternidad. Sólo al cabo de muchos años transigió el catolicismo instituyendo el matrimonio como una salvaguardia moral, para atajar la lascivia, pues ni el hombre ni la mujer pueden ser ángeles. Se tolera, es la necesidad inevitable, el estado permitido en ciertas condiciones a los cristianos que no pueden aspirar a la santidad. Pero hoy, como hace dieciocho siglos, el santo, el varón perfecto, no toca a la mujer; la rechaza y aparta... Sólo los lirios de María perfuman el cielo.

¿Se burlaba? Había en su acento una ironía que su interlocutor no quiso o no supo comprender.

—¡Eso es, eso es!—exclamó Seguín.—La belleza es la eterna vencedora y la inmarcesible belleza, como lo demuestra el libro de usted es la Virgen intacta, no manchada por ningún contacto, en la que las innobles funciones generatrices quedan anuladas... No se puede ver sin asco, por las calles esas mujeres marchitas, deformadas, que llevan en pos de sí un rebaño de niños, como una hembra va ya acompañada de sus pequeñuelos. El público lo ha llegado a comprender y se burla de ellas cuando pasan.

Mateo, que permanecía en pie, intervino:

—La idea de la belleza, varía. La encarnan ustedes en las formas alargadas y en los flancos chu-

pados. En el Renacimiento se encarnaba en la mujer sana y fuerte, de amplias caderas, de senos poderosos. Rubens, Tiziano, Rafael, han pintado robusta a la mujer. María es verdaderamente madre... Y adviertan que se trata de desterrar la idea que hoy se tiene de la belleza para volver a la antigua, que permite la fuerza y el empuje, que crea la fecundidad, siempre renaciente. Para mí, el único remedio contra la despoblación es este.

Los dos le miraron sonriendo con aire de superioridad.

—¡La despoblación un mal!—interrumpió Seguin.—¿Cómo se explica que una persona inteligente como usted profiera tamaño absurdo? ¡Reflexione, razone un poco!

—Una víctima más del optimismo,—añadió Santerre.—Diga usted que la naturaleza obra sin discernimiento y que, el que no la corrige es su víctima.

Uno después de otro, a menudo los dos, hablaban y se agitaban con sus propias palabras. El progreso no existía. Bastaba recordar el fin del pasado siglo cuando Condorcet prometía la vuelta de la edad de oro, la igualdad, la paz entre los hombres y los pueblos. Una ilusión generosa henchía los corazones, la utopía se mostraba triunfante. Y cien años más tarde, ¡qué caída! En el fin del siglo actual nada quedaba en pie. Las teorías igualitarias destruidas, el egoísmo reinaba como dueño y señor; la ciencia, la libertad y la justicia caen en el dintel enlodado del siglo que viene. La edad de oro tan deseada la ponían los paganos en lo pasado, los cristianos en lo futuro, los socialistas creen que han de conseguirla en lo presente. Todo eso eran sueños y no hay bienestar absoluto, sino en la nada. Su catolicismo no les permite decretar la supresión inmediata y total de la

humanidad; pero la limitaban. Schopenhauer y Hartmann les parecían pasados de moda. Les gustaba más Nietzsche con su concepción de una humanidad restringida, el sueño de una sociedad aristocrática, una alimentación más delicada, pensamientos más refinados, mujeres más lindas, engendrando el hombre superior y perfecto, cuyos goces serían decuplicados. Malthus era su ídolo como lo era de Beauchéne, únicamente porque afirmando que los pobres lo son por su culpa, evita a los ricos el remordimiento. Pero Malthus que quería la privación, no quería el fraude, y ellos, por lo contrario, soñaban en coerciones feroces, en amores estériles, en monstruosas orgías. Si querían el fin del mundo, queríanlo en el espasmo, desconocido ahora, de un goce exasperado, centuplicado.

—No ignora usted,—dijo fríamente Santerre,—que en Alemania se ha propuesto castrar anualmente un número determinado de niños pobres, que la ley señalaría según las tablas de natalidad. De esta manera se evitaría el pululamiento imbecil del pueblo.

Aquel pesimismo literario no podía contaminar a Mateo, pero deploraba que se esparciera por el mundo, ya que no todo el mundo tiene la fuerza de voluntad precisa, ni la clara inteligencia que se necesita, para rechazar las malas teorías, las funestas sugerencias. Creía, y creía con razón, Mateo, que aquel pesimismo implicaba un estado social morboso, pues en el fondo de todo pesimismo late una enfermedad. El, que tenía fe absoluta en la fecundidad, creía que un pueblo que no tiene fe en la vida, está peligrosamente enfermo. Y, sin embargo, había horas en que a él mismo le asaltaba la duda, en que se preguntaba si era oportuna la desmedida expansión de las familias y

si, en último resultado, no valía más para un país, para su prosperidad y progreso, contar con diez mil ciudadanos dichosos, que con cien mil desdichados.

—Veamos, no me negará usted que los más fuertes e inteligentes son los menos fecundos. Cuando el cerebro de un hombre trabaja mucho, su facultad generadora mengua. El pululamiento de que se enamora y en el que quisiera usted encarnar la belleza, no crece sino en el estercolero de la ignorancia y de la miseria. Supongo que es usted republicano; pues bien, queda probado igualmente que la tiranía aumenta el número de hombres y la libertad el de inteligencias.

Esas eran las ideas que alguna vez asaltaban, turbándole, a Mateo. ¿Se equivocaba creyendo en la expansión ilimitada de la humanidad? ¿Cumplía una mala acción procreando sin descanso por creer que la belleza y la bondad están en razón directa del exceso de vida?

Sin embargo, contestó:

—Todo lo que dice usted no es verdad en absoluto; son sólo verdades relativas. Queda comprobado que la teoría de Malthus es falsa en la práctica. Pero aun suponiendo que el mundo llegara a estar de tal manera poblado que no pudiera alimentar los hombres, ahí están los químicos que producirían alimentos con toda especie de sustancias inorgánicas. Además, nuestra época es tan remota que no hay cálculo que pueda fijarla. Y por lo que toca a Francia, observe que no adelanta sino que atrasa. Francia, que representaba el cuarto lugar de Europa, representa ahora el octavo. De aquí uno o dos siglos París habrá muerto como murieron Atenas y Roma antiguas y nosotros significaremos, como nación, lo que actualmente Grecia... París quiere morir.

Santerre negó y quiso rebatir lo dicho.

—No, no. París quiere sencillamente quedar estacionario, porque es la ciudad más inteligente y civilizada del mundo. Debe usted comprender que el progreso, abriendo de continuo nuevos campos de actividad al hombre, refinando su inteligencia, revelándole nuevos goces, favorece al individuo a expensas de la especie. Los pueblos cuanto más se civilizan menos procrean. Precisamente nosotros que marchamos a la cabeza de la civilización hemos sido los primeros en restringir el exceso de población que para nada sirve. Es este un ejemplo de alta cultura, de progreso superior que damos a los otros países, los cuales lo seguirán a medida que vayan alcanzando nuestro grado de perfección. En todas partes se manifiestan ya síntomas de ello.

—Es evidente—apoyó Seguirín.—Si hay en Francia causas secundarias de despoblación, que no tienen la importancia que se les quiere dar, fácil es corregirlas. El fenómeno es general. Todas las naciones decrecen y decrecerán a medida que se civilizan más. El Japón lo ha experimentado y lo tocará China el día que haya abierto del todo sus puertas.

Mateo escuchaba gravemente desde que los dos elegantes de frac y corbata blanca decían cosas razonables. No se trataba ya de la Virgen exangüe y esmirriada que antes querían presentar como un ideal de belleza. Era la humanidad viva y estremeada que desarrolla su historia. Dijo alto lo que pensaba:

—¿No creen ustedes entonces en el «peligro amarillo» en ese alud de bárbaros asiáticos, fecundos como los conejos, que amenazan invadir a Europa y fecundarla de nuevo?... La historia ha abierto siempre así sus nuevas épocas; por invasiones de

océanos humanos, de pueblos brutales y fuertes que infunden nueva sangre en las vidas de los pueblos débiles. Y cada vez la humanidad ha florecido más civilizada y más libre. ¿Cómo han muerto Nínive, Babilonia, Memphis, hundidas en el polvo de las ruinas? ¿Cómo agonizan Atenas y Roma todavía sin poder renacer de su gloria antigua? ¿Por qué París siente ya el soplo de la muerte, a pesar de su esplendor, sino porque es capital de una Francia cuya virilidad decrece? Pueden ustedes decir cuanto quieran, amontonar teorías sobre teorías, decir que a semejanza de las capitales antiguas perece por plétora de cultura, de inteligencia, de civilización; venga como viniere, por una u otra causa, la muerte llega; la muerte, que es el refluo que llevará la potencia y el brillo a un pueblo nuevo... El equilibrio que imaginan ustedes, es falso; lo que no crece, mengua y desaparece. Y si París quiere morir, morirá y la patria morirá al mismo tiempo.

—¡Bah!—dijo Santerre, recobrando su tono frívolo,—si quiere morir no he de ser yo quien me oponga a ello; por lo contrario, le ayudaré cuanto pueda.

—No hacer hijos,—replicó Segúin,—es el colmo de la sabiduría y de la prudencia.

Como si no los hubiese oído, Mateo continuó: —Conozco la ley de Spencer y la creo justa en teoría. Es cierto que la civilización es un freno puesto a la fecundidad, de manera que se puede prever una serie de evoluciones sociales que determinen decrecimientos o excesos de población hasta que se llegue a un equilibrio definitivo, por efecto de la misma cultura triunfante, cuando el mundo estará por completo poblado y civilizado. Pero ¿quién puede prever a través de qué desastres y enfriamientos? Desaparecerán naciones,

otras las reemplazarán, y ¿cuántos miles de años serán precisos para llegar a la ponderación última, producto de la verdad, de la justicia y de la paz, al cabo conquistadas? La razón tiembla y vacila, y el corazón se oprime de angustia.

Reinó profundo silencio en tanto que él permanecía turbado, perdida casi la fe en las sanas fuerzas de la vida, no sabiendo si era él quien tenía razón o aquellos dos hombres, lánguidamente hundidos en los sillones, que complicaban y emponzoñaban su propia inutilidad.

Valentina entró, alegre y afectando un desparpajo que le había costado gran trabajo adquirir. —No me riñan ustedes, que no es mía la culpa,—dijo.—Celeste no acaba nunca de vestirme.

Tenía veinticinco años, era delgada, bajita, rubia, con una cara de facciones menudas, ojos azules muy alegrillos y si no podía decirse que era guapa, debía convenirse en que era muy agradable. Llevada por su marido de ceca en meca había acabado por familiarizarse con los artistas, con las bromas de gusto un tanto subido, y era preciso que se la ultrajara para que fuese de nuevo una Vangelade, fría, altanera y despreciativa.

—¡Hola, señor Froment!—exclamó adelantándose para estrecharle la mano.—¿Su esposa de usted sigue bien y los niños están buenos y robustos como siempre?

Segúin que examinaba el traje de su mujer, que era de seda blanca guarnecido de encaje, dijo de repente una de aquellas brutalidades impensadas que hacían el efecto de un pistoletazo:

—¿Para ponerte este adfesio has pasado tanto rato? Nunca te he visto tan mal vestida.

La joven, que creía estar encantadora, tuvo que hacerse violencia para no llorar, en tanto que su

carita de muchacha tomaba una expresión altanera y vengativa. Lentamente volvió la mirada hacia Santerre, que la miraba como extasiado, y esperó.

—Está usted bellísima,—murmuró,—y este traje es una maravilla.

Esto hizo reír a Seguí que echó en cara a Santerre su humildad de esclavo para con las mujeres. Valentina, satisfecha por el cumplido, declaró que un hombre haría de ella lo que quisiera por medio de buenas palabras. Y trabaron los tres una conversación de tonos tan libres que dejó estupefacto a Mateo, quien de buena gana se marchara, a no ser porque tenía interés en no hacerlo, hasta haber recabado de su casero la compostura de que necesitaba la habitación.

—No me ofenden las palabras,—dijo el marido,—y puedes decir lo que quieras; pero el día que duermas con otro, te mato como un conejo.

Era muy celoso, en efecto. Consolada ya, hizo las paces y dijo:

—Tengan ustedes un poco de paciencia, he dicho a Celeste que traiga a los niños para besarlos antes de salir.

Mateo quiso aprovechar la coyuntura para hablar de su asunto; pero ya Valentina hablaba del restaurant en que cenarían, dando la preferencia al más tronado, y preguntaba qué horrores había en la pieza que iban a ver, pues la habían silbado el día anterior. Era una discípula de aquellos dos hombres y se mostraba tan exagerada en pesimismo, en arte, en literatura, que provocaba las bromas de sus mismos maestros. Wagner era para ella un músico anticuado; quería la música invertibrada, la armonía libre del viento que pasa. En cuanto a moral, era más exagerada aún. Adoraba la mujer de pura belleza intangible, y hallaba demasiado material la última creación de Sante-

rre, porque en un párrafo se decía que los besos de Norberto dejaban una huella en su frente. Santerre nególo y entonces ella se lanzó sobre el volumen y buscó la frase.

—Pero, a lo menos,—dijo el novelista desesperado,—le he evitado el hijo...

—¡Valiente hazaña! Esto lo hacemos todas, es el abecé de las burguesas... Ana María para ser la mujer soñada, debe ser la estatua de mármol inmaculada y los besos de Norberto no deben dejar huella.

Se interrumpió por la entrada de la camarera con los niños. Gastón tenía cinco años, Lucía tres, uno y otro parecían plantas de invernadero. Eran rubios como su madre. El niño tirando a rojo, la niña muy descolorida; ambos tenían los ojos azules y los rasgos de su madre en el rostro más ovalado, como Seguí. Eran muy bonitos, vestidos como estaban con extremada elegancia. Parecían dos muñecas de substancia muy preciosa. El orgullo mundano de sus padres quedó lisonjeado y quisieron que demostraran sus progresos.

—¿No se saluda a los señores?

Los niños, acostumbrados a las visitas, sin sombra de timidez, miraban a la gente de frente. Si no se apresuraban era por pereza natural, porque no les gustaba obedecer. Sin embargo, se aproximaron y se dejaron besar.

—Buenos días, señor Santerre.

Luego vacilaron ante Mateo. Fué preciso que su padre les dijera su nombre, aun cuando ya habían visto al delineante dos o tres veces.

—Buenos días, señor Froment.

Valentina los tomó en brazos, los besó, se los comió a caricias. Los adoraba; pero en cuanto los había dejado en el suelo ya no se acordaba de ellos.

—Mamá, ¿te marchas otra vez?—dijo Gastón.
—Sí, monín. Papá y mamá tienen mucho que hacer.

—Entonces, ¿comeremos solos?

No contestó y se volvió hacia la camarera, que esperaba órdenes.

—Ya lo sabe usted, Celeste; no los deje un momento y sobre todo que no vayan a la cocina; no puedo salir sin que al volver no los encuentre allí. Deles usted de comer a las siete, acuéstelos a las nueve y que duerman.

Celeste que tenía la cara acaballada, escuchaba respetuosamente; pero en sus delgados labios de lista normanda ya curtida en la domesticidad, aparecía una sonrisa que revelaba que estaba harta de saber cómo se las compone una con los chiquillos cuando los amos están ausentes.

—Señora, la señorita Lucía está malucha. Ha arrojado hace poco.

—¡Cómo que ha arrojado!—exclamó Seguíñ furioso.—No oigo hablar sino de eso. ¿Es que vomitan siempre? Y siempre es en el instante en que vamos a salir... Querida amiga, debieras procurar que los chicos no tuvieran esos estómagos de cartón-piedra.

Valentina hizo un gesto como queriendo decir que no era suya la culpa. En efecto, los niños padecían a menudo del estómago. Habían tenido todas las enfermedades de la niñez y siempre estaban resfriados o con calenturas. Y tenían ese aspecto serio y callado de los niños que están siempre en manos de criados.

—¿Es verdad que has tenido pupa, monín?—preguntó Valentina que estaba inclinada ante la chiquilla.—¿Ahora ya estás buena? Si no es nada, nada. Bésame, rica mía; dí buenas noches a papá para que no esté inquieto.

Se enderezó ya contenta y tranquila y viendo que Mateo la miraba.

—Estos chiquillos,—dijo,—causan cada molestia... Ya ve usted que se les quiere mucho; pero a veces pienso que serían más felices no habiendo nacido... En fin, yo ya he cumplido con la patria. Que me imiten las demás madres.

Entonces Mateo, viendo que bromeaba, se permitió decir sonriendo:

—No, señora; no ha cumplido usted. Precisan cuatro para que la patria progrese. Ya sabe usted lo que dice el doctor Boutan a las mujeres que asiste: «Hasta que hay cuatro no es cuenta cabal.»

—¡Cuatro!—exclamó Seguíñ indignado.—Le aseguro a usted que si viniera el tercero me creería un criminal. Hacemos todo lo que sabemos para que esto no ocurra.

—No ve usted,—replicó alegremente Valentina,—que ya soy demasiado vieja para que me exponga a perder la poca frescura que me queda? No me gustaría convertirme en un objeto de repugnancia para mi marido.

—Hable usted de esto también al doctor Boutan. Yo no sé nada. Pero él pretende que no son los embarazos lo que ajan a las mujeres, sino las prácticas a que se entregan los matrimonios para evitarlos.

Bromas de muy subido color, muchas alusiones libertinas, de que gustaban aquellos señores, acogieron las palabras de Mateo. Y cuando añadió que el espasmo era destructor siempre que contentando el deseo, que era el medio, dejaba sin cumplir la función del órgano, redoblaron las obscenidades. Pasó por la habitación un aura de sadismo; las miradas alegres que cambiaron marido y mujer explicaron las secretas prácticas de su alcoba, todo el libertinaje conyugal con que él la

fatigaba y la depravaba, los instintos de pérdida que había despertado en ella. Algunas mañanas quedaba destrozada, con la cabeza vacía, deplorando no ser como la condesa de la novela a la que los besos de Norberto no quebrantaban.

—¡Los fraudes!—exclamó Santerre, que contestaba atrevidamente a Valentina;—me hacen gracia con sus invectivas contra los fraudes! Un médico de aldea tuvo la desdichada idea de combatir y anatemizar todos los fraudes, explicándolos. ¿Y sabéis lo que sucedió? Que los enseñó a los labriegos que no los conocían, y desde entonces ha disminuído en una mitad la natalidad de la comarca.

Celeste escuchaba inmóvil; los niños oían sin comprender. Y entre carcajadas partieron los Seguin a remolque de Santerre. Únicamente en el vestíbulo obtuvo Mateo lo que deseaba; la reparación del techo entero, pues que se mojaban dentro de la casa.

El landó esperaba en la puerta. Cuando el matrimonio y el amigo se hubieron acomodado en él, Mateo, que se iba a pie tuvo la idea de mirar hacia arriba. En una ventana vió a Celeste instalada entre los dos niños, sin duda para estar cierta de que los amos se iban al cabo. Recordó la salida de Reina en casa de los Morange. Pero, ahora, Lucía y Gastón permanecían inmóviles, con gravedad impropia de sus años y ni Seguin ni Valentina pensaron en levantar la cabeza.

IV

Cuando a las siete y media Mateo entró en el restaurant de la plaza de la Magdalena donde Beau-

chéne le había dado cita, encontró ya a éste y a Firon-Badimier, su cliente, que saboreaban un vaso de Madera. La comida fué de una fastuosa abundancia y compuesta de platos escogidos. Pero lo que admiró más que nada al joven no fué tanto el formidable apetito de los comensales, que comían como Gargantúas, sino la habilidad y destreza del patrón que, a pesar de comer sin perder bocado, no descuidaba su negocio. Tanto fué así, que, antes de servir el champagne, el cliente había ya encargado, no solamente la trilladora, sino una segadora. Debía tomar a las nueve y treinta el tren para Evreux, así es que, cuando dieron las nueve, Beauchéne procuró y consiguió embaularlo en un coche de punto para evitarse el corto trecho que hay hasta la estación de San Lázaro.

Luego, al quedar solo con Mateo en la calle, Beauchéne se quitó el sombrero, dejando que refrescara su cabeza el aire de aquella deliciosa noche de mayo.

—¡Uf!—exclamó,—ya estamos listos. ¡No ha costado poco decidir a ese imbécil! Ha sido precisa la influencia del Pomard. Y después, durante un momento, he temido que no marchara y me hiciera faltar a una cita.

Estas palabras que le escaparon sin darse cuenta de ello, le decidieron a espontanearse. Encendió otro cigarro, se puso el sombrero y tomando el brazo del joven, andando despacio a través de la multitud compacta y de las luces del boulevard:

—Tenemos tiempo. No me aguardan hasta las nueve y es a dos pasos. ¿Quiere usted un cigarro?

—No fumo jamás.

—Es verdad. Pues bien,—continuó,—no quiero andar con tapujos ya que me ha pillado usted esta mañana. Convengo en que es tonto y estúpido lo que hago, pues no es prudente ni decente que un